

LIBROS

La voluntad de Alfonso Grosso

ALFONSO Grosso se dio a conocer en 1960 con una novela, que había sido finalista del Nadal, titulada "La zanja". A ella siguieron "Un cielo difícilmente azul", "Germinal y otros relatos", "El capriote", etc. Grosso se situó dentro de la onda del realismo social de la época, pero con unas características propias que singularizaron en seguida su nombre: el aliento poético y la riqueza verbal. A finales de los años sesenta, ya en plena crisis la escuela del realismo social, Grosso, después de un sintomático silencio de varios años, publica "Inés Just Coming", novela que señala un importante giro en su obra. En esta

novela, como en las que seguirán, es perceptible una mayor complejidad de la estructura narrativa, una búsqueda todavía mayor en el lenguaje y finalmente un intento, no del todo logrado, de dar al relato una dimensión cosmopolita, inhabitual tanto en su obra como en la de sus compañeros de promoción.

Tres años después, en 1971, Grosso publica "Guarnición de silla" y en 1973 "Florido mayo". Acaso alcanza Alfonso Grosso en ese momento el punto más alto en su carrera. Si "Guarnición de silla" puede ser considerada en ocasiones como sólo un brillante ejercicio de estilo, un alarde deslumbrante de pirotecnia verbal, "Florido mayo" va más allá. En la descripción de su mundo y de unos personajes indudablemente próximos al autor, Grosso llega al momento que hasta ahora nos parece más interesante en su obra. "Florido mayo", que quizás no tiene el encanto casi "naïf" de los primeros libros de Grosso, que está lastrada a veces por una retórica andalucista —eran los tiempos de la llamada Nueva Novela Andaluza— es, sin embargo, un libro de excepción. Posiblemente una mayor concentración en el tema central, una mayor condensación expresiva hubieran convertido esta novela en una obra maestra definitiva. Le faltó ese toque último, hecho de paciencia y reflexión, que redondea definitivamente la obra de arte. Pero dejó claras las capacidades literarias de Alfonso Grosso.

En 1976, por primera vez finalista al Planeta, Grosso nos da su peor novela, "Los invitados". Y ahora en 1978, Grosso vuelve a ser finalista del Premio instituido por el señor Lara, con "Los invitados". No vamos a hablar aquí una vez más de la mecánica de los Premios Planeta. Ya lo hemos hecho en otras ocasiones. Digamos solamente que el Planeta es el premio literario español con menor credibilidad crítica y con mayor difusión, esto último gracias a los formidables despliegues publicitarios con que va arropado.

"Los invitados" supone, sin duda, una superación de la crisis que reflejaba "La buena muerte". En este caso, Alfonso Grosso ha cogido un suceso que causó sensación en los últimos tiempos del franquismo: el célebre asesinato quintuple del cortijo andaluz de "Los Galindos", todavía sin aclarar. Siguiendo una técnica muy próxima a la de la novela policiaca

—Grosso es un admirador convicto y confeso de Dashiell Hammett como lo es, y superlativamente, de Valle-Inclán y del Corpus Barga de las Memorias—, el escritor nos lleva al cortijo unas horas después del crimen, cuando un peón horrorizado descubre sus primeros indicios. Llega la Guardia Civil y se pone en marcha un mecanismo investigativo que aparentemente no ha sido afortunado.

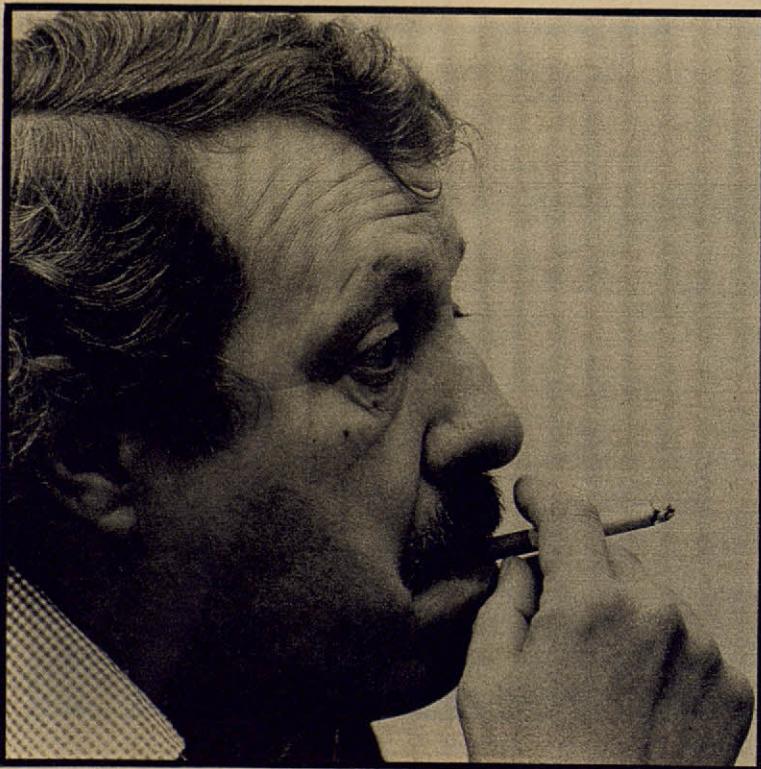
A partir de ahí, sin embargo, las cosas se complican. Grosso introduce en la intriga a dos personajes ingleses: Georgina Leighton, una muchacha de la alta sociedad, y una especie de chulo elegante, Tony Mackenzie. Y aquí llega el gran error de esta novela. El intento de Alfonso Grosso por describirnos la vida británica a través de sus dos personajes suena completamente a falso. Grosso no es capaz de darnos nunca una imagen precisa ni de la pareja ni de su mundo. Lo resuelve a base de generalizaciones de guía turística, de frases hechas —por ejemplo, una insoportable muletilla que se repite sin cesar: "típicamente británico"—, sin darnos ni un asomo de esa vida anglosajona, tan rica de matices, que se le escapa, posiblemente debido a un conoci-

Elogio desmedido de...

Sánchez Ferlosio

ENORITOS —decía en Coria de Cáceres el Ferlosio, dirigiéndose a mi hermano Luis y a mí—, señoritos catalanes, eso es lo que sois: mucho tirar y matar conejicos, liebres y perdices, pero de cazar, cazar, nada; si no es por mí, que os levanto a los animalillos, nada, nada de nada". Y tenía razón al insultarnos: por lo de señoritos, por lo de catalanes y por el hecho de que él era un gran cazador, aunque marrase en algún que otro caso, y Luis y yo, ninguno, porque éramos de la escuela del tiro al plato.

Ferlosio siempre ha sido cazador, escribiendo, leyendo, explicando —¡ay, qué pocos le entendían!— la nueva gramática, el arte de torear, la educación de las niñas, las virtudes del licor de huevo o del agua de cebada, el regusto que da saberse cobiijador de lombrices intestinales, la teoría sobre la importancia nacional de la Casa Fieras del parque del Buen Retiro, o la superioridad e independencia moral del masturbador frente a las pobres personas no



miento insuficiente y plagado de tópicos. Georgina y Tony son dos ingleses de similar, que visten y se perfuman como en una revista de alta costura.

Este lastre pesa sobre el resto de la novela. Que repetimos nos parece un paso adelante tras el bache de "La buena muerte". Queda una soberbia descripción del mundo del cortijo y de los pueblos andaluces —algo que Alfonso Grosso, andaluz por los cuatro costados, conoce entrañablemente—, un indudable sentido del ritmo narrativo que empuja la acción constantemente hacia un "climax" —el quintuple crimen—, magistralmente descrito de modo oblicuo.

Así pues, "Los invitados" es una novela que podía haber sido una excelente muestra del talento narrativo del escritor, pero que se queda en la manifestación de una indudable recuperación, pero todavía muy por debajo de las potencialidades del Grosso que fuera capaz de escribir "Un cielo difícilmente azul" o "Florido mayo". Un escritor que con su voluntad y con su admirable talento ha ido realizando una de las obras más sólidas de la novela española actual.

JAVIER ALFAYA

autogestionadas que necesitan uno o varios **partenaires** del reino animal, vegetal o mineral en cuestiones delicadas e íntimas, valgan estos pocos casos.

Levantó la pieza de la novela fantástica latinoamericana del **boom** con el **Alfanhuí**, muchos años antes de los cien de la soledad de García Márquez, y desencamó la liebre de la novela objetiva con **El Jarama**, también antes de que el **nouveau roman** nos jorobara a todos, como el Coca-Coña. Y en su submarino de la calle Doctor Esquierdo preparó una batida gramatical en la que esta vez se le adelantaron otros, Pirineos afuera, pero qué.

Ultimamente, en sus primeras entregas de **Las semanas del Jardín** ha vuelto a ventear el delirio de escribir sobre lo que se piensa de diversas y dispares cosas, y no sobre las simples cosas. Y así va a seguir, me sospecho, tacatá, tacatá.

Me dicen que tiene discípulos, pero no debe ser verdad. Serán oyentes, admiradores, incondicionales o imitadores. Digo esto porque creo que su por algunos pretendido magisterio no puede ser inmediato, y él debe saberlo. El es de largo alcance: que llegue antes que otros a ciertas metas no quiere decir que sea un **sprinter**, un velocista; llega antes porque ha salido antes. Nada de velocista. Ferlosio es un gran corredor de fondo, un solitario atleta de maratón, como Zatopek o Bikila: los tipos de hombre que yo admiro más.

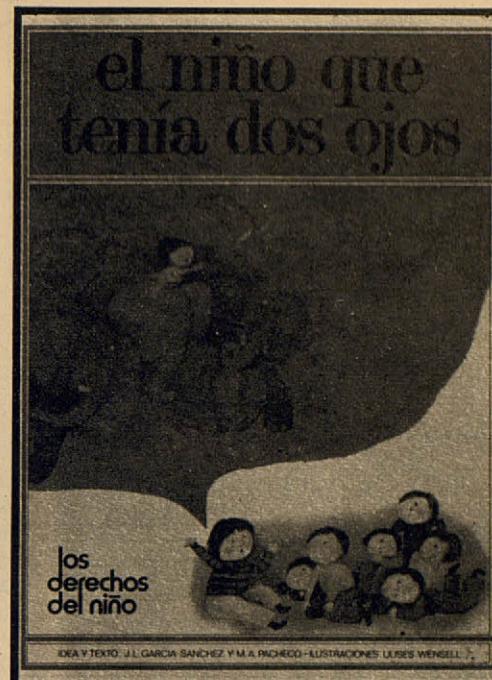
JUAN AGUSTIN GOYTISOLO

Libros para niños

¡Cuéntame mis derechos!

UN día, los niños de los cuentos se empezaron a enfadar. A Caperucita le molestaba pasarse el tiempo asustada por la bruja, Blanca nieves estaba harta de su madrastra, Pulgarcito y sus hermanos querían tener comida en casa, Cenicienta estaba cansadísima de tanto trabajar y trabajar... Así que decidieron marcharse de los libros y, desde aquel momento, hasta las abuelitas se olvidaron de contar historias y los niños se aburrieron muchísimo.

Entonces, los padres, preocupados, decidieron reunirse y exigir a los personajes de



los cuentos que volvieran a las hojas de los libros. Se quedaron muy sorprendidos cuando éstos les dijeron que no pensaban hacerlo y

Extramuros

la nueva novela de
Jesús Fernández Santos



Una devastadora historia de Amor (con mayúscula), de ayer y de hoy, de siempre; a ratos melancólica, a ratos burlona y en no pocos momentos —comparables a lo mejor de un Ingmar Bergman o a la mística de Teresa Ávila— sublime. Sin duda la mejor novela, hasta hoy, de este auténtico creador que es Fernández Santos. (260 PTAS.)

argos-vergara "libros vivos"